NEW LEFT REVIEW 128

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO-JUNIO 2021

EDITORIAL

Susan Watkins — Cambios de paradigma — 7

ARTÍCULOS

Georgi Derluguian — Una pequeña guerra mundial — 28
Anton Jäger — Regiones rebeldes — 55
Escuela de Frankfurt — Teorías de la necesidad — 81
William Davies — Políticas del reconocimiento — 95
Franco Moretti — *Bande à part* — 115
Kenta Tsuda — Cuestiones sobre el decrecimiento — 127

CRÍTICA

Daniel Finn — Iglesia militante — 150
J. X. Zhang — Los significados de Tiananmen — 161
Michael Lipkin — Domesticar a Hegel — 175

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

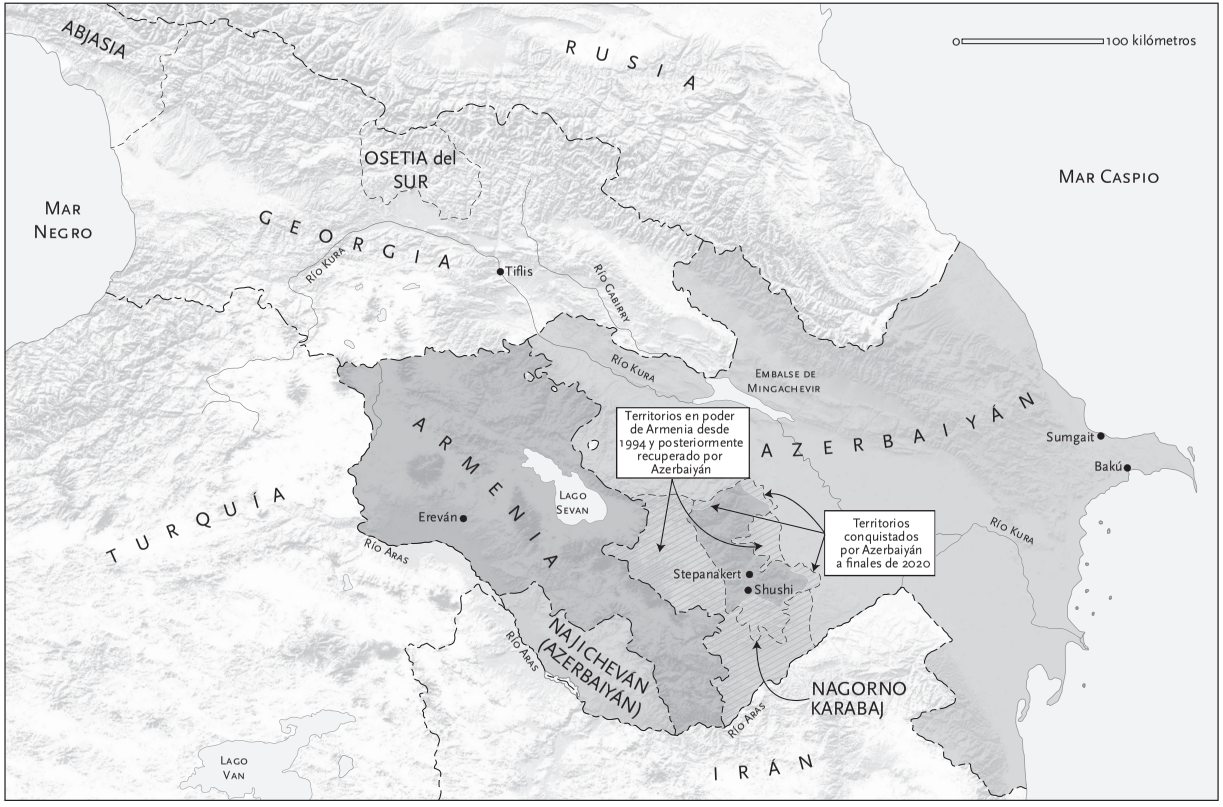
INSTITUTO 25M DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

tdS traficantes de sueños

MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTE
DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO Y FOMENTO DE LA LECTURA

Mapa del Caucaso



GEORGI DERLUGUIAN

UNA PEQUEÑA GUERRA MUNDIAL

La pandemia del coronavirus, el Brexit, Trump: el pasado otoño ofreció muchas razones para desviar la atención mundial de la guerra que había empezado la soleada mañana del 27 de septiembre de 2020. Los contendientes inmediatos eran las pequeñas naciones caucásicas de Armenia y Azerbaiyán, enfrentadas por el eternamente disputado territorio de Nagorno Karabaj, o ese era por lo menos en Occidente el estándar titular «imparcial» que se perdía en el torrente de noticias. Sin embargo, Azerbaiyán incorporó al conflicto a la Turquía de Erdoğan –o realmente estuvo dirigido por ella– movilizando yihadistas sirios mal retribuidos junto a costosos drones israelíes. Pakistán tomó partido por Azerbaiyán a cambio del reconocimiento de sus derechos sobre Cachemira además de indudables incentivos más tangibles. El gran arsenal de Bakú, importado a lo largo de los años desde Rusia, estaba complementado por avanzados misiles balísticos bielorrusos y artillería pesada checa adquiridos a través de turbios acuerdos con petrodólares azeríes. La República de Georgia, por razones históricas nunca demasiado amigable respecto de sus compañeros cristianos armenios –y profundamente traumatizada por los separatismos prorrusos de sus propias periferias étnicas en Abjasia y Osetia del Sur– proclamó una neutralidad que en la práctica significaba cerrar los ojos ante los masivos traslados de material y personal militar desde Turquía hacia Azerbaiyán a través de su famoso «corredor este-oeste». Se puede consultar el mapa: las montañas del Cáucaso se levantan tan altas como siempre, limitando incluso las formas más modernas de transporte.

Irán, por su parte, acumuló apresuradamente a la Guardia Revolucionaria en la ribera sur del río Aras, temerosa de que la ofensiva turco-azerí al

otro lado del mismo pudiera proporcionar cobertura para un ataque estadounidense-israelí. China, contraria a cualquier separatismo incluido el armenio, controló con cierta ansiedad, sin embargo, el himno entonado por Erdoğan sobre la hermandad pantúrquica, que se extiende desde Azerbaiyán y el Mar Caspio hasta el «Gran Turquestán» en el interior de Asia: ¿dónde acaba? ¿en Sinkiang, en Mongolia? En el extremo opuesto de Eurasia, Macron fue cordialmente aconsejado por el incontenible Erdoğan que consultara a un psiquiatra sobre su «islamofobia»; tradicionalmente partidaria de Armenia, Francia no había hecho más que dictar una simbólica prohibición sobre los «Lobos grises», la red neofascista turca (cuya existencia niega Ankara). En un conjunto paralelo de conflictos, los gobiernos de los Emiratos Árabes Unidos y de Egipto empezaron a presionar a las empresas turcas que operaban en sus países en represalia por los avances de grupos afines a Erdoğan en Libia, Iraq y Siria. El Consejo de Seguridad de la ONU estaba previsiblemente paralizado por el correspondiente veto, supuestamente del representante de Gran Bretaña, debido a la larga turcofilia del MI6, a las peticiones de BP a cuenta de sus socios de Bakú o, para las mentes más conspiranoicas, a la ascendencia otomana de Boris Johnson.

Por último, pero no menos importante, llegó la intervención rusa después de cuarenta y cuatro días de feroces combates, justo cuando los asediados armenios parecían condenados. El 9 de noviembre de 2020, con las fuerzas azerbaiyanas preparadas para asaltar Stepanakert, la capital del enclave, Putin lanzó un ultimátum: si Bakú no detenía las operaciones, Rusia intervendría. Unas horas después, anunció un acuerdo de paz. El presidente azerbaiyano, Ilham Aliyev, apareció en la televisión para proclamar el fin de los combates. El primer ministro armenio, Nikol Pashinyan, no tuvo otra elección que firmar el acuerdo que Putin había negociado. Un día después, los «pacificadores» rusos llegaban desplegando un espectacular puente aéreo: aviones de transporte, helicópteros, transportes blindados de personal, alrededor de dos mil soldados fuertemente armados de la XV Brigada Motorizada, equipos antiexplosivos e ingenieros.

¿El regreso de Eurasia?

Turquía, Rusia, Irán, Pakistán y China: involucrados en 2020 en la batalla por Nagorno Karabaj, eran los actuales avatares de los que fueron formidables imperios agrarios euroasiáticos. Para entender lo que está sucediendo actualmente en el Cáucaso resulta útil considerar sus

antecedentes históricos. A comienzos del siglo XVI, los participantes en una mesa redonda geopolítica –hablando en árabe, chino y quizá latín eclesiástico– podrían haber indicado las revoluciones producidas por la invención de la pólvora que contribuyeron a sellar el fin de la espantosa época medieval y caracterizaron a la nueva era. Los cañones golpearon las murallas de las ciudades fortificadas y vencieron el azote de las invasiones nómadas. Siguiendo a la China del Imperio Ming, apareció toda una nueva generación de imperios, que incluyeron a tres grandes potencias islámicas: el imperio mogol, que luchaba por abarcar la India; la restauración safávida del Gran Irán; y el imperio otomano, que reclamaba la herencia oriental romana y se repartió el Cáucaso meridional con sus rivales safávidas. Este fue el Acto Primero de la Modernidad en el que Asia tuvo un destacado papel. También se podría mencionar a potencias atípicas como el Principado de Moscú y la otrora feroz Birmania. En Occidente, los Habsburgo trazaron el camino para el ascenso de un edificio universal, comercial, burocrático y conservadoramente religioso, aunque las largas guerras de religión, que improbablemente acaban en un punto muerto, contribuyeron a garantizar la soberanía de múltiples Estados-nación. Para los occidentales llegó el momento de meter sus cañones y sus bien entrenados soldados en barcos que surcaran los océanos y reproducir, a escala mundial, la empresa comercial y de saqueo de la era vikinga.

El Acto Segundo de la Modernidad asistió al ascenso de las potencias industriales-capitalistas europeas. En diversos grados, India, Persia y China fueron parcial o totalmente colonizadas y dos imperios en expansión, el ruso y el turco, restos del Acto Primero, conservaron puntos de apoyo en el continente europeo. Durante el siglo XIX, los otomanos –como los persas– verían cómo les arrancaban trozos de territorio. Sin embargo, la Rusia imperial salió diplomática y militarmente fortalecida de su choque con Napoleón en lo que fue un simbólico presagio del Acto Segundo. Después de haber colonizado las estepas orientales, Rusia absorbió ahora las tierras del sur, anexionándose la costa del Mar Negro y extendiéndose por los kanatos persas del Cáucaso meridional hasta establecer su dominio sobre las actuales Armenia y Azerbaiyán con el tratado de Turkmenchay de 1828. La región constituyó la frontera militar de la Rusia zarista con el Imperio otomano, que todavía mantenía la zona occidental de Armenia. En el vórtice de la Primera Guerra Mundial –otro hecho extraordinario de la historia del capitalismo: el núcleo del sistema-mundo moderno en el pináculo de su poder aparentemente se encaminó hacia el suicidio colectivo– toda la región quedaría hecha pedazos y rehecha.

El siglo XX asistió al advenimiento del Acto Tercero de la Modernidad bajo la égida de Estados Unidos, una potencia mundial no europea. La Europa continental fue reunificada a la fuerza por el fascismo, un patológico resultado de las estrategias coloniales y de la ideología racista que fue eliminado en la enormemente sangrienta intervención quirúrgica de la Segunda Guerra Mundial. La operación fue realizada por una industria estadounidense de alcance continental puesta en pie de guerra bajo la que representaba la mayor de las democracias sociales. La mayor parte de los combates recayó sobre los soviéticos, la superpotencia industrial-militar levantada por los comunistas en otro improbable giro de proporciones histórico-mundiales. A partir de 1945, la Guerra Fría pacificó Europa a expensas de empequeñecerla. La Unión Europea evolucionó como un club de antiguos imperios decidido a evitar el destino de las ciudades-Estado del Renacimiento italiano, en su momento bravas pioneras de un protocapitalismo tras el cual acabarían finalmente convertidas en museo.

Sin embargo, una vez más, los dos antiguos imperios euroasiáticos permanecieron al margen del proyecto de eurounificación. Tanto Turquía como Rusia eran históricamente europeas, aunque culturalmente no fueran occidentales. Turquía, miembro de la OTAN desde los primeros años de la Guerra Fría, permaneció continuamente suspendida en el umbral de la prosperidad europea. Rusia, o más bien la URSS, intentó por lo menos dos veces reingresar en Europa en condiciones honorables: en 1953, cuando el cínico de Lavrenti Beria quiso emprender un nuevo rumbo tras la muerte de Stalin y, de nuevo, en la década de 1980 con la perestroika de Gorbachov. Sin embargo, el proyecto de una Gran Europa, que se extendiese desde el Atlántico a los Urales, siempre dejaba en el aire la pregunta sobre el papel de Estados Unidos y así Washington empezó a cultivar sus relaciones con la China maoísta, por muy improbables (y seguras) que parecieran en aquel momento. La Unión Soviética colapsó por sí sola, con la minúscula Karabaj desempeñando un papel sorprendentemente destructivo, como veremos. Turquía vio su oportunidad para rentabilizar económica y políticamente el pillaje de los despojos soviéticos, pero, en general, se ofreció a Europa como un cierto tipo de China local: un gran fondo de mano de obra joven poco cualificada, disciplinada por su propia variedad de valores asiáticos y ventajosamente situada entre los dos continentes.

En 2002, Erdoğan surgió como el abanderado del neoliberalismo islámico, ofreciendo a la UE un acuerdo semiperiférico a precios

competitivos. Putin también presentó una oferta semiperiférica basada en los recursos naturales, la tecnología militar y una población educada sedienta de consumismo occidental. Las proposiciones turcas y rusas quedaron sin respuesta, hecho que ofendió profundamente a los solicitantes y les dejó buscando desesperadamente alternativas. Dejando de lado el esnobismo occidental, los políticos europeos no encontraban la manera de encajar estas iniciativas en sus relaciones con Washington, igual que Washington parecía consternado por la nueva firmeza y prominencia histórica de su socio chino. Todo esto nos lleva al Acto Cuarto de la Modernidad, el presente histórico, en el que potencias no occidentales –de nuevo China, India, Irán, Turquía y Rusia– están empezando a empujar, desde dentro o en contra, del orden mundial dirigido por Estados Unidos. Antes de que examinemos la relevancia de la minúscula y montañosa región de Karabaj para este Acto Cuarto, puede ser útil considerar los puntos de vista, no solo de los grandes imperios, sino de las pequeñas naciones que hay entre ellos.

Nacionalismos

Karabaj –como Alsacia, el Ulster, Danzig, Sarajevo o Jerusalén– pertenece a la categoría geopolítica de los lugares simbólicamente disputados con largas historias sangrientas que explotan ocasionalmente. A los viajeros que llegan al Cáucaso se les sirven frecuentemente fábulas bien condimentadas sobre la antigüedad de las nacionalidades locales, sus tradiciones étnicas y sus odios. Todo es tan complicado... aunque quizá no lo sea tanto. El chiste habitual de los azeríes (¿o de los georgianos?) se burla de los armenios por considerarse orgullosamente cristianos desde el siglo I antes de Cristo. Realmente, el reino de Armenia –que en la antigüedad tardía se extendía desde las playas del Caspio hasta más allá del Lago Van– se convirtió oficialmente en el año 301, doce años antes de que Constantino promulgara el Edicto de Milán, aunque los historiadores modernos consideran más probable la fecha de 314. En un siglo, la Iglesia armenia había inventado su propio alfabeto, todavía en uso, y adoptado posiciones teológicas distintas a los credos de Roma y Constantinopla. Dejando de lado arcanas disputas cristológicas, las razones de ello fueron probablemente geopolíticas: las tierras altas armenias eran objeto constante de disputa entre los sucesivos imperios persas –aqueménida, parto, sasánida, califato abasí y safávida– y sus rivales imperiales del Mediterráneo oriental: griegos, romanos, bizantinos y otomanos. Como Estado colchón, Armenia necesitaba diferenciarse tanto de los cristianos occidentales como de los zoroastrianos orientales.

Un pueblo de pobres e irritables montañeses, su nobleza proporcionaba guerreros, comerciantes y profesionales a Constantinopla, Ctesifonte, Bagdad e Isfahán.

Lo que vino a continuación tuvo su paralelismo con la historia de otros pueblos situados en la órbita de Roma: griegos, hebreos, cristianos siríacos, coptos egipcios, celtas o vascos. En las oleadas medievales de conquistas y migraciones tribales, y después con las guerras de «tierra quemada» entre persas y otomanos del siglo XVI, todos ellos quedaron desplazados a periferias étnicas o huyeron a guetos urbanos, una diáspora en la que sus identidades sobrevivieron en manuscritos litúrgicos y vestigios de lenguajes. En el siglo XIX, muchos de estos pueblos redescubrieron su historia y desarrollaron programas nacionalistas, que culminaron en levantamientos cuya suerte dependió de los caprichos de la geopolítica europea. Los armenios resultaron desafortunados. En la década de 1820, algunos vieron en la Rusia imperial un liberador del dominio persa, pero cualquier esperanza de autonomía después del Tratado de Turkmenchay quedó aplastada durante el mandato de Nicolás I. Mientras tanto, los otomanos todavía controlaban la Armenia occidental. En 1915, con el telón de fondo del desafortunado desembarco británico en Gallipoli y de los avances rusos en la Transcaucasia, el dictatorial triunvirato de los Jóvenes Turcos decidió eliminar físicamente la potencial «quinta columna» junto a la totalidad de las poblaciones cristianas residuales de la Anatolia oriental: griegos, asirios y armenios. Alrededor de un millón de armenios perecieron en estas deportaciones deliberadamente brutales, que actualmente están ampliamente reconocidas como genocidio.

El final de la Primera Guerra Mundial trajo nuevas calamidades, junto con el hambre y la mortal pandemia de la gripe. Rechazando el dictado de Brest-Litovsk, que entregaba gran parte de Georgia y Armenia al Imperio otomano de Talaat Pasha, las fuerzas locales formaron brevemente la República Democrática Federal Transcaucásica. El 26 de mayo de 1918, los mencheviques georgianos proclamaron la independencia optando por buscar la protección alemana; Karl Kautsky les visitaría en 1920. Los armenios, abandonados a su suerte frente al avance de los turcos, declararon la independencia dos días después en la misma ciudad de Tiflis, la cosmopolita sede del virrey caucásico de la Rusia imperial, ahora convertida en la capital de Georgia y rebautizada como Tbilisi. El nuevo presidente armenio había sido de hecho alcalde de Tiflis durante

mucho tiempo. Entre lágrimas se trasladó a Ereván, una pequeña ciudad polvorienta en el valle de Ararat, una simple brizna residual de la Armenia histórica. Los refugiados que huían del genocidio de los Jóvenes Turcos incrementaron las cifras de armenios, pero, ¿se podía fundar un Estado en medio del hambre y el trauma?

La República Democrática de Azerbaiyán, también proclamada en Tiflis el 28 de mayo de 1918, se topo así mismo con sus propios desafíos. La pretendida capital en Bakú se acababa de convertir en una comuna bolchevique, ideológicamente internacionalista, que contaba con muchos armenios en su dirección y más todavía entre sus tropas. A tono con su época, los dirigentes de las tres nuevas naciones transcaucásicas se declaraban socialistas. El partido azerí Müsavat (Igualdad) hizo moderadas concesiones a los nacionalismos islámicos y túrquicos. Los mencheviques georgianos se proclamaron orgullosamente como la primera democracia social en llegar al poder. La bandera del partido de los Dashnaks armenios, descendientes políticos de Voluntad Popular rusa, sigue conservando el rojo revolucionario. En la práctica, los tres países pronto se demostraron completamente nacionalistas y antibolcheviques, como sucedió en otros sitios en la multidimensional guerra civil de 1918-1921. Ninguno de los tres proyectos nacionalistas registrados en Transcaucasia podía basarse en territorios étnicamente homogéneos y contiguos, menos todavía en las nuevas capitales. Los armenios seguían siendo mayoría en Tiflis, pero no en Ereván; tenían el control en Bakú, pero prácticamente eso era todo. Los mapas étnicos de la región recordaban la piel de un leopardo[1].

El panorama político se complicaba todavía más por la estratificación social. A comienzos del siglo XX los georgianos eran todavía fundamentalmente campesinos, liberados de la servidumbre solamente a partir de la década de 1870. La nobleza georgiana también era rural, desmesuradamente numerosa –cerca del 7 por 100 de la población– y por ello empobrecida y arrogante, semejante a la *szlachta* polaca. Los armenios predominaban entre los habitantes de las ciudades de Tiflis y Bakú: comerciantes, artesanos, proletarios. Al igual que sucedía con otras poblaciones en la diáspora –judíos en Europa o chinos en el sudeste de Asia– esta situación provocaba la envidia y la repulsa de sus vecinos

[1] El cartógrafo Arthur Tsutsiev yuxtapone la teoría del nacionalismo de Benedict Anderson con el paisaje histórico braudeliano de estas eternas tierras fronterizas en su notable *Atlas of the Ethno-Political History of the Caucasus* (2014),

nativos más tradicionalistas, que veían a los forasteros como astutos explotadores capitalistas o como alborotadores revolucionarios. Sin embargo, Ereván tenía relativamente pocos comerciantes armenios o proletarios simplemente porque para esa gente había poco que hacer en semejante páramo. La región montañosa de Karabaj era la excepción donde los armenios todavía formaban la mayoría, tanto de campesinos como de señores. Pero esta reliquia del feudalismo armenio estaba rodeada por poblaciones musulmanas persas-kurdas-turcas, que a partir de 1918 fueron sumariamente denominadas azerbaiyanos.

En aquel momento, los problemas a los que se enfrentaba el nacionalismo azerí habrían parecido particularmente abrumadores. Azerbaiyán difícilmente podía legitimarse mediante un llamamiento a una profunda pertenencia histórica, ya que las tribus túrquicas habían llegado «tan recientemente» como en el siglo XI. El lenguaje local estaba demasiado cerca del turco como para proporcionar una lengua nacional diferenciadora, mientras que la religión –el islam chiita– y la cultura heredada parecían inequívocamente iraníes. Tampoco había una épica nacional de resistencia a la conquista extranjera: la fértil región situada entre las vertientes del sureste del Cáucaso y el Mar Caspio había existido principalmente bajo el protectorado persa hasta la conquista rusa de la década de 1820. Los dirigentes de los kanatos locales, muy acostumbrados al dominio extranjero y conscientes de sus privilegios, trasladaron prudentemente su lealtad al imperio de los zares, a diferencia de las montañosas tribus suníes de Circasia, Daguestán y Chechenia. Incluso la denominación «Azerbaiyán» tuvo que tomarse de la histórica provincia del norte de Irán, situada alrededor de la vieja capital imperial de Tabriz[2]. Así pues, esta recién inventada Azerbaiyán simplemente tenía que ser moderna y progresista, pero también ambivalente hacia los armenios.

En Occidente la sorpresa tal vez sea grande cuando se conozca que en 1918 Azerbaiyán se convirtió en la primera república constitucional del mundo musulmán, que albergó la primera universidad de tipo europeo y acogió *Arshin Malalan* (1913), la primera opera cómica escrita en lengua local. Fue Azerbaiyán, y no Turquía, la primera en cambiar el

[2] Actualmente hay más turcoparlantes en Irán que en Azerbaiyán. Durante quinientos años, los dirigentes dinásticos iraníes –y después los presidentes de la República Islámica– han sido étnicamente azeríes, con la singular excepción de imán Jomeini. Pero desde luego, safávidas, kayar y pahlavíes asociaron su dominio con el Irán imperial, no con la novedad geográfica de «Azerbaiyán» que surgió en las tierras fronterizas ocupadas por Rusia.

alfabeto al latín modificado. Después de la revolución de 1905, los ilustrados azeríes publicaron una revista satírica, *Molla Nasreddin*, llena de viñetas que ridiculizaban el atraso del clero y que tenía suscriptores en lugares tan distantes como India y Marruecos. El petróleo, que afloraba por las grietas de la tierra alrededor de Bakú, fue sin duda una causa de esta política maravillosamente diferente. Desde la década de 1870, con el advenimiento de la industrialización y la demanda de keroseno para la iluminación, Bakú se convirtió en una ciudad que experimentó una instantánea explosión de riqueza y miseria proletaria, compitiendo con Rockefeller para suministrar casi la mitad del consumo mundial de petróleo. Los empresarios locales –armenios, persas, georgianos, rusos y azeríes– se hicieron millonarios, sus fortunas llegaron a instituciones culturales y de beneficencia o sufrieron la extorsión de revolucionarios armados, de nacionalistas y de gánsteres. A principios de la década de 1900, la ciudad parecía (y olía) casi como Chicago. Y todo ello acontecía en el Cáucaso multiétnico y en medio de una tremenda expansión demográfica y económica.

Las repúblicas socialistas soviéticas

Los británicos llegaron a principios de 1919, los últimos ocupantes extranjeros que reemplazaron a los derrotados alemanes y turcos en la lucha por el petróleo de Bakú. El acuerdo se aplazó hasta la conferencia de Versalles en la que las potencias vencedoras, deseando la victoria de los contrarrevolucionarios rusos y la restauración del orden imperial, ofrecieron a Azerbaiyán, Armenia y Georgia un año para que cumplieran tres condiciones mínimas para reconocer sus nacionalidades: enarbolar la bandera, presentar sus derechos históricos –un destacado historiador local, más tarde merecedor del premio Stalin, aseguró a su presidente que se encontrarían los documentos necesarios en los archivos, incluso aunque estos no existieran– y aceptación de futuros plebiscitos para decidir el destino de zonas en disputa. Para su legítimo monopolio de la violencia, las incipientes naciones solo podían apoyarse en los remanentes de los regímenes zaristas y en las variopintas milicias dirigidas por carismáticos señores de la guerra. Las escasas tropas en cada bando se apresuraron a asegurar el deseado resultado en futuros plebiscitos por medio de reclutar a los campesinos locales para atacar a sus vecinos. En 1920, Transcaucasia estaba cayendo en el abismo de la balcanización.

Únicamente gracias al Ejército Rojo, que se extendió por toda la región a principios de 1921, se pudieron establecer las tres repúblicas y trazar sus fronteras. Las políticas culturales soviéticas permitieron incluso que prosperaran sus narrativas nacionales, aunque ese no fuera el plan original de Stalin. En 1921, regresando al Cáucaso por primera vez desde su detención en 1908, quedó horrorizado por los enormes cambios realizados por los nacionalismos mientras él había estado fuera. Compañeros georgianos, incluyendo a viejos amigos y camaradas revolucionarios, le increparon calificándole de traidor. Todavía peor, Lenin, un ruso, acusó airadamente al georgiano Stalin de representar el chovinismo de la Gran Rusia. El discípulo más diligente de Lenin aceptó las críticas y procedió a sentar los fundamentos de la nominalmente confederada Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, en vez de una más férrea Federación Rusa como era su preferencia. Georgia, Armenia y Azerbaiyán pasaron a ser repúblicas soberanas aunque mantenidas en su lugar por el centralmente subordinado Partido y la policía secreta.

Para Stalin nacionalismo seguía significando atraso. Estaba dispuesto a hacer algunas concesiones, pero para los bolcheviques, el campesinado de la región semifeudal de Karabaj tendría garantizado un futuro mucho más brillante mediante la conexión con el proletariado industrial de Bakú (todavía mayoritariamente armenio) que con Ereván, que en 1921 no tenía ni industria ni proletariado y por ese motivo tampoco contaba con muchos armenios. Esta es la razón por la que Karabaj, el último pedazo de montañas que durante siglos estuvo continuamente habitado por una mayoría armenia, se convirtió en una provincia étnica autónoma dentro de Azerbaiyán. En cualquier caso, los bolcheviques consideraban las fronteras como una conveniencia temporal a la espera de la próxima revolución mundial, razón por la cual el Monte Ararat, el preciado símbolo nacional de Armenia, domina el horizonte de Ereván desde la frontera turca.

Desde la glasnost *a la guerra*

Durante las siete décadas de gobierno comunista, Ereván se convirtió en una espléndida ciudad de un millón de habitantes, prácticamente todos armenios. Su moderna arquitectura estuvo magistralmente diseñada para parecer específicamente nacional, incluso venerable, gracias a fachadas de roca volcánica tallada, reminiscentes de las iglesias medievales armenias. Aquí los armenios podían sentirse en casa, aunque la

gran mayoría de ellos descendiera de hecho de refugiados desarraigados por genocidios y guerras. Igualmente, Tiflis se convirtió en mayoritariamente georgiana, mientras que Bakú creció como una moderna y planificada ciudad predominantemente azerí. El estalinismo era el incómodo secreto detrás de estas transformaciones: el régimen forzaba a los campesinos para que construyeran y alimentaran a las nuevas capitales nacionales, mientras proporcionaba a la intelectualidad y al profesorado premios, salarios, casas espaciosas y academias de las artes y las ciencias. Stalin también asesinó a muchos de ellos por no encajar del todo en su proyecto, mientras él y sus secuaces rediseñaban al mismo tiempo paisajes étnicos completos como escaparate de las nuevas nacionalidades socialistas, utilizando para ello desde incentivos a la migración hasta la deportación directa, aunque la tarea nunca llegó a completarse. Después de todo, Moscú también tuvo que industrializarse, librar la Gran Guerra Patriótica y mandar al primer hombre al espacio. Sin embargo, se alcanzó una sustancial nacionalización y en la felizmente apacible década de 1960 simplemente era seguro reírse los unos de los otros[3].

En Azerbaiyán, la figura política más destacada que surgió en este periodo fue Heydar Aliyev. Alto, apuesto, visiblemente despiadado, la trayectoria vital de Aliyev fue típica de la cohorte que rodeó a Brézhnev; perteneciente a una generación más joven –nacido en 1923– Aliyev permaneció en activo mucho tiempo durante el periodo postsoviético. Su vertiginoso ascenso en las filas de la policía secreta todavía es un enigma, pero sobrevivió a la muerte de Stalin y a la de sus padrinos, Lavrenti Beria y el virrey de Transcaucasia, Mir-Jafar Baghirov[4]. En 1964, Aliyev era general del KGB. Desde 1969 fue primer secretario de Azerbaiyán, encargado de limpiar la endémica corrupción como parte del plan de Yuri Andropov para reformar la Unión Soviética promocionando a capacitados miembros leales del KGB. A principios de la década de 1970, Aliyev purgó a un elevado número de funcionarios corruptos e ineptos, lo que abrió el camino para sus propios nombramientos, también ineludiblemente corruptos. Aliyev

---

[3] La legendaria (y ficticia) Radio Ereván proponía en uno de sus famosos chistes añadir un Ministerio del Petróleo al gobierno de la Armenia soviética. ¿Que no hay petróleo en Armenia? ¿Y qué?, Azerbaiyán tiene un Ministerio de Cultura. Una respuesta similar de Bakú: ¿Has oído que Ereván va a alcanzar los 2.750 años de antigüedad? ¿Y qué más le da a Azerbaiyán? ¡Estúpido, no tienes visión política! Los armenios pronto estallarán de orgullo, los georgianos se morirán de envidia y solo quedarán en Transcaucasia los azeríes.

[4] En 2017, los restos de Baghirov fueron identificados mediante pruebas de ADN en la fosa de las ejecuciones de la prisión de Bakú y enterrados con honores como un gran patriota azerbaiyano.

sabía cómo funcionaba el poder en este rincón del mundo, pero nunca fue un ciego tradicionalista. Inusualmente mantuvo a un grupo de sociólogos que le presentaban informes secretos sobre la situación real del país, así como sobre las irregularidades de sus subordinados, que utilizó con discreción[5]. En 1982, Andropov convocó a Moscú a su delegado en Bakú y le hizo miembro del Politburó. Pero en aspectos clave, Aliyev era el anti Gorbachov. En 1987 Gorbachov apartó completamente a este peligroso rival que, sorprendiendo a muchos, dejó Moscú para trasladarse a su pueblo natal de Nakhchevan. ¿Quizá aguardando su momento?

Mientras tanto, la Armenia soviética, industrializada y mayormente monoétnica, estaba enorgulleciéndose de su mundialmente famosa intelectualidad. En la década de 1980, muchos armenios habían alcanzado el éxito profesional a lo largo y ancho de la URSS: profesores, cineastas, directivos industriales, generales o funcionarios. Georgy Shakhnazarov, un alto estratega de la reforma y consejero de Gorbachov, evidentemente nunca daría a conocer su descendencia de un principesco linaje de Karabaj, pero desde luego, sus compatriotas le consideraban el lobista mejor posicionado en Moscú y su objetivo parecía bastante simple: una simple transferencia administrativa de la Provincia Autónoma Armenia de Nagorno Karabaj de una república soviética a otra. En el nuevo espíritu de la democratización socialista, destacados intelectuales armenios firmaron peticiones y las masas se reunieron en manifestaciones. Una enfermera jubilada recordaba con desarmante sinceridad: ¿cómo podíamos quedarnos sin apoyar a nuestra sufrida nación armenia? Además, el secretario del Partido en el hospital dijo que sería como una fiesta del Primero de Mayo.

Espiral descendente

Sin embargo, dos nuevas presiones políticas, enteramente nuevas, surgieron instantáneamente en ambas repúblicas reflejándose mutuamente. La intelectualidad subalterna, que carecía de un estatus que sacrificar y ambiciones vagamente disidentes, se dio cuenta de que la movilización nacionalista le ofrecía un trampolín mucho más eficaz que las cuestiones de la reforma escolar, la conservación de monumentos históricos o la protección del medioambiente. Este estrato incluía a muchos periodistas de provincias que tanteaban los límites del relajamiento de la censura.

---

[5] Un miembro de este grupo, Ilya Zemtsov, emigró a Israel y en 1976 publicó un aterrador y al mismo tiempo admirable relato de su servicio como sociólogo bajo el régimen de Aliyev.

Esta intelectualidad radicalizó a los movimientos y les proporcionó una dirección. Mientras tanto, los anteriormente obedientes e impasibles miembros de los Soviets Supremos de las repúblicas encontraron una nueva legitimidad –y un freno contra su eminente destitución– en comportarse como parlamentarios. Las prerrogativas constitucionales que les correspondían desde la fundación de la Unión Soviética en 1922, y que hasta entonces habían sido simplemente decorativas, ahora podían ser enarboladas como armas simbólicas para defender la soberanía nacional. El desastre se produjo muy pronto, aunque (o porque) nadie esperaba problemas de las lealmente soviéticas Armenia y Azerbaiyán. Cuando las resoluciones y contrarresoluciones parlamentarias volaron desde ambos lados a medida que se producían manifestaciones cada vez mayores, los azeríes mayormente rurales empezaron a huir de Armenia, exigiendo (o con la promesa de, eso nunca quedó claro) nuevas viviendas de los mayormente urbanos armenios que todavía vivían en Azerbaiyán. Alimentados por miedos ancestrales, el intercambio de población se reinició con fuerza, aparentemente por sí solo, aunque ambas partes echaron la culpa a secretos conspiradores.

En los últimos días de febrero de 1988, las turbas atacaron a los armenios en la mugrienta ciudad de Sumgait, una zona industrial cerca de Bakú famosa por su contaminación y criminalidad. De nuevo, no hubo evidencias de un plan o de instigadores. Resulta difícil imaginar cómo, dentro de unas estructuras todavía soviéticas, alguien podía arriesgarse a desencadenar este Chernobyl político. Por el contrario, los estudios históricos sobre los pogromos muestran que a menudo son suficientes unos funcionarios inseguros, una incompetente vigilancia policial y unos ciudadanos enfurecidos. No obstante, para los armenios, el pogromo de Sumgait en 1988 fue una prueba de que «los turcos», con los que ahora se equiparaba a los azeríes, estaban dispuestos para otro genocidio. Las pequeñas naciones saben lo fácilmente que pueden desaparecer. Aunque el primer pogromo en Sumgait fue probablemente espontáneo, la indecisa reacción de Gorbachov –demasiado preocupado por sus cumbres internacionales, la aceleración económica y el rejuvenecimiento del socialismo soviético– mandó una señal de peligro. Azerbaiyán y Armenia se hundieron en un violento caos. Se calcula que alrededor de 390.000 armenios fueron expulsados de Azerbaiyán, seguidos por la fuga de muchos rusos, judíos, y grupos de origen étnico alemán. Después de haber sido una ciudad cosmopolita, Bakú se convirtió en prácticamente monoétnica. A partir de entonces, la violencia callejera entró en el repertorio de la

política soviética tardía, como última disuasión para la interferencia de Moscú. Desde ese momento hasta el colapso de la superpotencia pasaron apenas tres años.

En las elecciones celebradas en Armenia en 1990, la intelectualidad radical llegó al poder en Everán; su contrapartida en Bakú lo hizo dos años después. Las similitudes parecían sorprendentes: maestros, científicos y periodistas dirigidos por dos orientalistas clásicos, Levon Ter-Petrossian, un estudioso de las traducciones bíblicas armenias del siríaco, y Abulfaz Elchibey, un estudioso de los mamelucos turcos en el califato fatimí de Egipto. En ambos países las nuevas elites políticas eran inmaculadas por carecer de cualquier experiencia de gobierno. Los armenios, endurecidos por la ideología popular de evitar el genocidio, se demostraron más cohesionados y tenaces; el respaldo de la diáspora también ayudó a Everán a ganar la primera guerra de Karabaj en 1992-1994. Los combatientes armenios se apoderaron de siete distritos predominantemente azeríes, que pretendían utilizar como una zona de amortiguación alrededor de Karabaj y eventualmente como moneda de cambio en futuras negociaciones sobre el trazado de la nueva frontera. El coste de esta horriblemente destructiva victoria incluyó la implosión de la economía industrial en Armenia, que ya no podía apoyarse en la red ferroviaria de Azerbaiyán para comerciar con Rusia y el mundo exterior. Durante la espantosa década de 1990, como en otros lugares de las tierras postsoviéticas, los dirigentes de Armenia y Karabaj aprendieron a utilizar la corrupción, el asesinato de rivales y el fraude electoral. Las justificaciones interesadas eran que no había otra manera de avanzar hacia sus objetivos más elevados en medio del caos. Evasivamente, a esto se le llamó el «síndrome de la posguerra». Un votante armenio en un mitin electoral lo expresó más directamente: os pedimos Karabaj y nos disteis el capitalismo. En 1998, los intelectuales armenios fueron debidamente barridos del poder por los comandantes de la más brutal y más práctica guerrilla del propio Karabaj. La situación se estabilizó lentamente bajo un nuevo funcionariado dominado por jefes de seguridad, con sus clientes monopolistas actuando como «monederos» al servicio de los patronos del Estado. Serj Sargsyan –un antiguo funcionario del *apparatchik* soviético convertido en ministro de Defensa y con raíces en Karabaj– empezó dos mandatos como presidente en 2008 ejemplificando el nuevo régimen. Putin le reconocería como uno de los suyos.

La evolución poscomunista de Azerbaiyán estuvo dominada por dos grandes factores: el regreso de Heydar Aliyev y el petróleo. En 1993,

Aliyev había prescindido del incipiente gobierno de la intelectualidad nacional-democrática postulándose él mismo como árbitro. Mientras su segunda llegada como salvador nacional estaba echando raíces, permitió que los perdedores asumieran la responsabilidad por la derrota en Karabaj, lo que le sirvió para eliminar a posibles héroes y a los alborotadores señores de la guerra. La dividida oposición política y unos cuantos clérigos proiraníes fueron disciplinados por la adecuada aplicación de la corrupción y la represión. La estrategia de Aliyev era a largo plazo. Poniendo la cuestión de Karabaj en segundo plano y sofocando las voces de los nacionalistas, resistió firmemente los ruegos de los mediadores internacionales y de los esperanzados armenios de llegar a un acuerdo de compromiso. Gradualmente se preparó para la *revanche* intentando complacer a los occidentales que invertían en el petróleo del Caspio, por encima de todo a BP, así como los deseos de Washington de ver nuevos oleoductos que sortearan Irán y Rusia. Evitó cuidadosamente, sin embargo, distanciarse de Rusia, donde al menos dos millones de azerbaiyanos se ganaban la vida en el mercado inmobiliario y el comercio en mercadillos, sobornando convenientemente a los funcionarios rusos, desde los policías de calle hasta los funcionarios del más alto rango. No pocos visitantes y socios occidentales aceptaron encantados regalos y donaciones y la «diplomacia del caviar» continuó como siempre.

A partir de 2000, Bakú surgió como un centro de ostentación y glamour que rivalizaba con Dubai, adornado con prestigiosos edificios diseñados por Zaha Hadid entre los que se contaba el monumental Centro Heydar Aliyev. La muerte del fundador se anunció en diciembre de 2003, aunque hubo rumores que sostenían que se había producido meses atrás, y no antes de la cuidadosamente coreografiada transferencia del cargo a su hijo Ilham. Las transiciones en estos regímenes basados en la figura del «sultán» pocas veces tienen éxito, pero en este caso todo estuvo meticulosamente planeado, incluyendo la colocación de los consejeros de confianza de su padre al lado de Ilham, así como el aseguramiento del papel de la influyente familia Pashayev, cuya hija Mehriban se convirtió en primera dama y vicepresidenta.

Durante un cuarto de siglo, Karabaj permaneció en la categoría de «conflicto congelado». Las tropas de ambos bandos permanecieron en las trincheras, intercambiando disparos en rutinarias violaciones del alto el fuego. Por lo demás, la guerra permanecía siendo fría, marcada por inacabables y fútiles negociaciones, bajo los auspicios de la mediación

estadounidense y franco-rusa, y el traslado del enfrentamiento al terreno de los símbolos, como cuando en 2011 Azerbaiyán ganó el festival de Eurovisión en Düsseldorf mientras un violonchelista armenio recibía una gran ovación al recibir el Premio Tchaikovsky en Moscú[6]. ¿Qué es lo que cambió para activar la guerra declarada de 2020 que implicó a tantos actores externos? En este punto necesitamos cambiar de nuevo las lentes y fijarnos en la geopolítica de la *longue durée*. El Acto Cuarto de la globalización dirigida por Estados Unidos desarrolló una ecúmene occidental que dejó a los encogidos y antiguos imperios de Rusia y Turquía, esperando a las puertas. Como hemos visto, Turquía se ofreció a la UE como una mini China, mientras que después de los atentados del 11 de septiembre de 2001 Rusia abrió sus bases militares a la Operación Libertad Duradera y canalizó su petróleo y gas natural al corazón de la Europa Occidental.

Estas maniobras en la semiperiferia se produjeron en medio de grandes cambios estructurales. La migración global de la producción industrial desde el Oeste hacia el Este tuvo dos consecuencias políticas normalmente relegadas a diferentes hemisferios en los cerebros de los comentaristas políticos. La desaparición de empleos industriales seguros en Occidente alimentó el descontento social y sirvió para deslegitimar a las instituciones políticas; las elites que ya no podían gobernar como antes culparon sumariamente al «populismo» de ello. Sin embargo, esa misma transferencia global empoderó a las elites de aquellos países que controlaban grandes reservas de mano de obra productivamente organizadas cuyos Estados pudieran demostrar ser lo suficientemente fuertes como para desafiar a Occidente reclamando un porcentaje mayor de los beneficios capitalistas o de autonomía regional. Al mismo tiempo, el 11S abrió el camino para que se produjera un impulso militarizado en el corazón de Eurasia, reproducido en la rápida militarización de la Primavera Árabe. Estos cambiantes tableros geopolíticos también ofrecieron más espacio de maniobra a los Estados que dependían de los recursos naturales. ¿Deberíamos sorprendernos de que semejantes países coincidan

[6] Las generaciones más jóvenes de azeríes y armenios nunca se encuentran, excepto en hostiles disputas *on line*. Azerbaiyán negaba la entrada a cualquiera que tuviera un nombre armenio que acabara en *-yan* (simplemente un genitivo), cualquiera que fuera su pasaporte. Los resultados fueron ocasionalmente cómicos, como en el caso de Abu Sufyan, detenido por varias horas en el aeropuerto Aliyev de Bakú antes de que el visitante, divertido por la ignorancia de los locales sobre la historia islámica, pudiera explicarse. El funcionario de seguridad se disculpó profusamente, indicando entre bromas que para estar en el lado seguro incluso evitaban los trajes de Armani, y le regaló una lata de caviar.

en gran medida con las zonas centrales de los antiguos imperios agrarios, los ganadores en las revoluciones de la pólvora de comienzos de la modernidad? ¿O de que estas elites no occidentales pretendan resucitar memorias conservadoras de un pasado imperial? Una vez más, China, India, Irán, Turquía, Rusia...

Hasta ahora, este es todavía el mismo sistema-mundo con su centro en el Oeste. El dólar sigue siendo el dólar, Hollywood y las universidades estadounidenses representan la cumbre de sus respectivas esferas, Silicon Valley no tiene rival, Londres sigue siendo el lugar donde aparcar fortunas ilícitas, la única potencia militar global es Estados Unidos, y las mayores concentraciones de consumidores siguen estando en Occidente gracias a la expansión de la deuda de los hogares y los persistentes Estados del bienestar. También se trata del mismo capitalismo y de su inacabable acumulación de beneficios. Pero ahora se trata de un sistema-mundo, cuyo timón hegemónico parece estar roto y la capacidad de sus capitanes está ampliamente puesta en duda. Los Estados semiperiféricos de mayores dimensiones finalmente se encuentran a sí mismos en mejor posición para buscar su engrandecimiento. ¿Culminarán estos capitalismos semiperiféricos también en imperialismos?

Cuando se produjo el 11S especulé en estas páginas sobre las condiciones necesarias para un regreso geopolítico de Rusia, después del drástico desmembramiento de la Unión Soviética en 1991[7]. Las dinámicas de la globalización, al poner a las fuerzas del mercado por encima de los Estados, eran claramente desfavorables para la estrategia de expansión militar-territorial dirigida por el Estado que había permitido, tanto a la Rusia zarista como a la soviética, reaparecer más fuerte después de las invasiones de Napoleón en el siglo XIX o de Hitler en el XX. Pero la globalización dependía de una conjunción de condiciones –continua expansión económica, hegemonía de Estados Unidos, contención de la revuelta social– que parecía improbable que se mantuviera más allá de otros diez años. Tras ello era probable que surgiera una nueva Rusia dispuesta a patrullar los remanentes de un inestable imperio anterior, confiada al mismo tiempo en reestablecer su tradicional «espacio amortiguador» y en restaurar su estatus mundial; y quizá, aprovechando la oportunidad histórica, mercantilizar su capacidad militar en lugares más lejanos. Los resultados, con su mezcla de consecuencias, se pueden encontrar ahora en Chechenia, Ucrania, Bielorrusia y Crimea.

---

[7] Véase Georgi Derluguian, «Reconsiderar Rusia», *NLR* 12, enero-febrero de 2002.

¿Y Transcaucasia? La primera regla de la geopolítica es que un territorio adquiere significado estratégico cuando las grandes potencias lo consideran importante[8]. En la década de 1990, Rusia estaba inicialmente preocupada por la ruina de su propio Estado y después por la tremendamente costosa contrainsurgencia en Chechenia. Washington trató, por lo menos simbólicamente, de reclutar a Armenia y Azerbaiyán para el programa Asociación por la Paz de la OTAN, lo que acabó en tragedia[9]. Por lo demás, Karabaj seguía siendo una cuestión secundaria, relegada a la residual esfera rusa. Emparedada entre dos poderes hostiles, Azerbaiyán y Turquía, Armenia se vio obligada a permanecer prorrusa, conservando la última base militar de la región de la época de los zares, la antigua fortaleza amurallada de Gyumri, que se remontaba a las guerras ruso-otomanas del siglo XIX.

A partir de 2004, la «revolución rosa» de Georgia, dirigida por el extremadamente prooccidental Mikheil Saakashvili, proporcionó un nuevo objeto a la disputa de Occidente con Rusia. El voluble Saakashvili, educado en el arte de escribir propuestas de subvenciones para fundaciones occidentales, envió a la mitad del ejército georgiano a Iraq y acogió con gran pompa a Bush, rebautizando la carretera al aeropuerto de Tiflis como Avenida de George W. Bush. Después de haber sido «entrenado y equipado» por el Pentágono –donde alguien mostró su agudeza militar acantonando a los caucásicos georgianos en las afueras de Atlanta [Georgia]– el nuevo ejército de Saakashvili fue enviado en 2008 al enclave separatista de Osetia del Sur, apenas a 75 kilómetros de Tiflis. Allí se encontraron con una aplastante derrota a manos de los rusos, respaldados por auxiliares chechenos que se estaban ganando el perdón por

---

[8] Si Karabaj adquirió brevemente este estatus durante la guerra de 1992-1994 fue por accidente. Los sitiados armenios decidieron obtener leche para sus hijos apoderándose de una granja colectiva de la era soviética. El ataque del comando tuvo éxito; también creó una zona que procedieron a fortificar. Un mes más tarde, llegó una copia de *The Economist* a los comandantes de Karabaj, que se enteraron que habían desbaratado un proyecto de oleoducto de BP. Sofocando la risa, prohibieron cualquier mención de los establos en presencia de periodistas extranjeros. Todo se resumía en el petróleo y en una brillante gesta del espionaje armenio. Ahí quedan los discursos sobre oleoductos, el islam y la geopolítica.

[9] En 2004, mientras asistía a un curso de formación de la OTAN en Budapest, un oficial azerí, Ramil Safarov, se compró un hacha y mató a un teniente armenio que estaba dormido. Sentenciado a cadena perpetua, Safarov manifestó al tribunal húngaro que había actuado de tal modo para vengar a su Karabaj nativa y por odio hacia todos los armenios. En 2012, el gobierno húngaro, después de recibir un atractiva oferta de compra de bonos por parte de Bakú, mandó al recluso de vuelta a Azerbaiyán donde fue inmediatamente perdonado por Aliyev hijo y recibido como un héroe.

su pasada insurgencia antirrusa actuando como expertos exploradores de montaña. Desde entonces Occidente ha moderado su admiración por el experimento georgiano.

Bakú tomó nota. Durante otra década, Aliyev hijo siguió con la habitual política sobre Karabaj: participar en irrelevantes mediaciones internacionales, hostigar la primera línea del enemigo y superar visiblemente a Armenia en compras de armas. Esta paciencia estratégica mostraba la especial prudencia de una entidad política similar a un sultanato. Un fracasado ataque militar podía derribar a un régimen en el que toda la autoridad simbólica pertenece a un hombre. Ilham Aliyev no se parecía a su terrible padre, sino más bien al playboy de oro que realmente era. La familia y los consejeros de la corte que dejó en sus cargos el clarividente Heydar prescribían observar y esperar y la presidencia vitalicia ofrece horizontes a largo plazo. Mientras tanto, el continuo redoble de los tambores de guerra azeríes tuvo el efecto de adormecer a los armenios, que sobreestimaron su destreza militar.

¿Qué lecciones sacaron Moscú y Ankara? Aunque el ejército ruso sometió a los georgianos en 2008, la operación también reveló sus debilidades. El voluminoso y oxidado remanente del antiguo ejército soviético, que todavía disponía de un millón de soldados debido al mantenimiento de la conscripción y que era dirigido por demasiados generales, demostró ser inadecuado para este tipo de guerra. A lo sumo, su utilización servía para la defensa estática del extenso perímetro ruso. Después de 2008, Moscú empezó a invertir en nuevas fuerzas, más pequeñas y ágiles, que acompañaron a las antiguas. Se mostraron por primera vez en la anexión relámpago de Crimea en 2014: los «educados hombres de verde», como los describían admirados comentaristas de televisión en los canales oficiales rusos. Después vino la intervención en Siria en 2015, donde los rusos ayudaron a liquidar el desorden dejado por la intervención estadounidense. También llegaron a estar peligrosamente cerca de chocar con los turcos, que estaban desarrollando una operación paralela de militarizada *revanche* a pequeña escala en sus antiguas tierras imperiales.

Revolución y guerra

Este era el contexto en el que el conflicto congelado sobre Karabaj pudo adquirir repentinamente una importancia internacional. En abril de 2016, Ilham Aliyev ordenó un ataque de prueba. En aquel momento

estaba en Washington asistiendo a un encuentro importante en el que también estaba presente el presidente armenio Serj Sargsyan. ¿Le miró mal a Aliyev? El ataque duró cuatro días y costó al ejército armenio más de cien muertos (Azerbaiyán, como siempre, no admitió sus bajas). Las ganancias parecieron mediocres: unos cuantos cientos de metros dentro del estancamiento posicional de la guerra de trincheras. Pero hubo una amenazadora novedad: los misiles guiados y los drones israelíes, evidentemente suministrados a cambio de petróleo y del uso de los antiguos aeródromos soviéticos cercanos a Irán. El ejército armenio estaba atascado con su armamento, organización y tácticas de la era soviética, todos ellos obsoletos frente a estos avances tecnológicos. Los armenios percibieron perfectamente el peligro. Pero, ¿qué podían hacer excepto meter ruido en Facebook? Instalado en 2008, el régimen de Serzh Sargsyan constituía una forma más leve de autoritarismo electoral, basado en la compra de votos y una extensa utilización del clientelismo a través de un sobredimensionado pero mal pagado aparato de gobierno, que se suponía tenía que financiarse mediante su propia corrupción. Los alcaldes controlaban las licencias empresariales y los comandantes del ejército eran dueños de estaciones de servicio, cuya gasolina obtenían de los depósitos militares.

Una característica común de las revoluciones es que llegan inesperadamente, a menudo desencadenadas por las torpes maquinaciones del gobernante. Cerca del final de su segundo mandato, Sargsyan cambió la Constitución para otorgarse amplios poderes como primer ministro, ahora sin limitación de mandatos. La respuesta fue inmediata y sorprendió solo a aquellos que no se habían enterado de las crecientes habilidades de los armenios más jóvenes para la organización de un movimiento. La protesta estuvo encabezada por Nikol Pashinyan, un periodista especializado en sacar trapos sucios y antiguo aliado de Ter-Petrosyan. Pashinyan había estado encarcelado durante un año por su papel en las protestas acaecidas tras las elecciones de 2008, acusado de «organizar disturbios». Más tarde fue perdonado y pudo presentarse a las elecciones de 2012 en las que obtuvo un escaño con una campaña que era un movimiento de protesta en sí misma. Fue allí, en mítines «populistas» y periodismo de denuncia, donde Pashinyan había perfeccionado su talento.

En 2018, con el pleno apoyo de muchos armenios que estaban cansados de la manipulación y la corrupción política, Nikol (como se le llama) dirigió una oleada de revueltas contra el intento de Sargsyan de perpetuarse

en el poder, lo cual le aupó al poderoso papel de primer ministro que este último había creado para sí mismo. La exorbitante solidaridad étnica de una nación de supervivientes a un genocidio hacía que la utilización de la fuerza contra compatriotas fuera inaceptable, sobre todo el 24 de abril, la fecha de las conmemoraciones anuales del mismo. Pashinyan se cuidó de acentuar estos singulares factores nacionales, distanciándose de las revoluciones «de colores» de Georgia y Ucrania. Todo el mundo sentía que Putin estaba observando y Armenia no se hallaba en condiciones de provocar la ira de su estratégico socio en Moscú. Pashinyan incluso desplazó un batallón de fuerzas de pacificación a Siria para demostrar la fortaleza de su alianza con Rusia.

La suerte de la revolución de 2018 fue tristemente ilustrativa de muchas revueltas recientes registradas en todo el mundo. Dependiente de las redes sociales para lanzar sus mensajes y movilizaciones, Pashinyan no tenía una mayoría organizada en el Parlamento, menos aún un gobierno a la espera para cubrir los cargos del gabinete. Los nombramientos fueron caóticos y desembocaron en disputas e incompetencia, que inmediatamente llenaron las redes de indignación y rabia. Abierto a muchas voces, el movimiento carecía de un programa. Preguntado sobre sus planes económicos, el primer ministro respondió que llamaría al economista estrella armenio, colega suyo, Daron Acemoglu. Los intentos de perseguir a antiguos funcionarios y generales, incluyendo al expresidente Robert Kocharyan, hicieron sonar las alarmas en Moscú y distanciaron a los magistrados que habían protestado por las violaciones del proceso debido. No obstante, Pashinyan consiguió aumentar el presupuesto del Estado en casi mil millones de dólares con impuestos previamente impagados, que eran evidentemente la renta producida por la corrupción que recaudaban los monopolistas del antiguo régimen.

Sin embargo, en la cuestión de Karabaj fue donde Pashinyan se demostró más emocional e imprudente. Se reunió con Aliyev en una sucesión de cumbres, al mismo tiempo que proclamaba en reuniones públicas que Karabaj era Armenia. Rechazó las advertencias diplomáticas de alto nivel de que Rusia podía estar intentando llegar a un acuerdo más sólido, que incluyera la introducción de fuerzas de paz. En resumen, Pashinyan se mostró hiperactivo e inconsistente, favoreciendo la publicidad por encima de las negociaciones privadas. En julio de 2020 se produjeron choques armados cerca de Tavush, en la frontera entre Armenia y Azerbaiyán. Las fuerzas azeríes sufrieron dolorosas bajas, incluyendo la de un comandante

general. La humillación provocó un motín en Bakú donde la multitud trató de asaltar el edificio del Parlamento cantando, «¡Acabad con la cuarentena, empezad la guerra!». Aliyev destituyó a sus diplomáticos y consejeros de mayor rango en una espectacular operación que utilizó a la policía secreta para investigar supuestas traiciones. El ejército turco llegó para llevar a cabo las maniobras anuales conjuntas con Azerbaiyán, acompañado por un masivo traslado de equipo y personal. Evidentemente se quedaron para empezar la guerra el 27 de septiembre.

Una nueva forma de conflicto armado

Los detalles tácticos quedan como una cuestión para que especulen los expertos. Parece que en primer lugar los drones turcos incapacitaron las defensas aéreas armenias de la era soviética, diseñadas para interceptar aviones y helicópteros mucho mayores. A continuación se produjeron incursiones aéreas sobre las defensas armenias: posiciones de la artillería, estaciones de radio, depósitos de suministros y transportes de tropas. Mientras tanto los drones eran ilocalizables, ya fuera por su pequeño tamaño o por estar diseñados como desechables, como el armamento israelí flotante de tipo «kamikaze». Los expertos militares internacionales y los aficionados a las guerras observaron detenidamente las imágenes aéreas de destrucción copiosamente distribuidas *on line* por Azerbaiyán. Los comandantes de los carros de combate y de la infantería armenia estaban siendo diezmados sin tener la oportunidad de entrar en contacto con el enemigo. Era como las ametralladoras segando una carga de la caballería: una nueva revolución tecnológica en el campo de batalla.

Es casi seguro que la operación estuvo dirigida por oficiales turcos, probablemente hasta el nivel de batallón. Los militares turcos manejaban los drones, mientras las fuerzas especiales entrenadas para luchar en las montañas de Kurdistán proporcionaban una nueva ventaja. Las tropas de Azerbaiyán fueron utilizadas como mano de obra masiva y por ello sufrieron las mayores bajas. De hecho, Aliyev dio luz verde a su hermano mayor, Erdoğan. La *blitzkrieg* todavía estaba bloqueada en las trincheras armenias de las laderas montañosas, pero a diferencia de choques anteriores, los atacantes no se retiraron. Mientras las posiciones armenias en las montañas permanecían bajo una presión constante ejercida desde todos los lados, misiles de mayor alcance bombardeaban las ciudades de la retaguardia, lo cual permitió que las fuerzas turco-azeríes irrumpieran en las llanuras a lo largo de la ribera norte del río Aras, que marca la

frontera con Irán. Los intentos armenios de contraatacar fueron descubiertos y repelidos con drones que produjeron muchas bajas. Las fuerzas turco-azeríes avanzaron arrolladoramente a lo largo del Aras, girando finalmente hacia las montañas y el corazón de Karabaj. Después de cuarenta y cuatro días de intensa lucha, cayó el simbólicamente importante bastión de Shushi, amenazando con rodear y destruir al resto de las fuerzas armenias.

Aquí fue cuando intervino Putin, ordenando a Aliyev que detuviera el avance y a Pashinyan que firmara la capitulación. Aliyev, vestido con uniforme de combate, recorrió las tierras recién liberadas proclamando triunfalmente: «¡He destruido el orden establecido!», utilizando la primera persona del singular como corresponde a un dirigente vitalicio. Un mes más tarde se celebró un grandioso desfile de la victoria en Bakú, con Aliyev y Erdoğan radiantes mientras alababan la hermandad túrquica. Erdoğan llegó significativamente a mencionar a Enver Pasha, dirigente militar de los Jóvenes Turcos en la década de 1910 y una figura clave en el exterminio de los armenios. Mientras tanto, Pashinyan solamente podía agarrarse al poder, por encima de las sonoras maldiciones y lamentos de su pueblo, gracias a la autoritaria Constitución legada por su derrocado predecesor. La guerra causó por lo menos cuatro mil bajas entre los armenios, una dolorosa pérdida para una población tan pequeña, mientras los heridos multiplicaron varias veces esa cifra. Los hospitales estaban desbordados de jóvenes reclutas y veteranos voluntarios en un momento en el que se suponía que los armenios estaban adquiriendo estoicamente la «inmunidad de grupo» frente al COVID. Además de los siete distritos azerbaiyanos que habían tomado en 1994, las fuerzas armenias habían perdido partes significativas del propio Karabaj. Ahora solamente un estrecho corredor de cinco kilómetros conectaba Karabaj al Estado-nación armenio.

Desde noviembre de 2020 han empezado a aparecer puntos oscuros y enigmas sobre los que solo podemos arriesgar inciertas conjeturas. ¿Por qué permitió Moscú que la humillación de su cliente-aliado llegara tan lejos? ¿Fue porque Pashinyan es para Putin un «extraño desde el punto de vista de clase», a diferencia de Aliyev hijo? ¿Fue porque Erdoğan y Putin habían llegado a un acuerdo, cambiando la derrota armenia en Karabaj por alguna compensación en Siria o Libia? Ambas hipótesis tuvieron bastante difusión, pero parecen desorbitadas. ¿No podría ser simplemente que Moscú no quisiera arriesgarse a una intervención

armada en un escenario lejano en ausencia de una logística fiable? En una etapa temprana de la guerra, Sergey Lavrov, desde tiempo atrás ministro de Asuntos Exteriores, organizó diez horas de negociaciones nocturnas sobre un alto al fuego que fue inmediatamente violado al día siguiente. ¿Las maratonianas conversaciones fueron simplemente una cortina de humo? Si es así, entonces, ¿por qué la perpleja portavoz rusa se preguntaba delante de la totalidad de la prensa por qué las iniciativas de paz de Moscú las respondía primero Ankara en vez de Bakú? ¿Por qué Sergey Naryshkin, director del SVR, el servicio de inteligencia exterior ruso, utilizó una entrevista pública para oponerse a la presencia de yihadistas sirios en Karabaj, inaceptable ya que la aviación rusa estaba supuestamente bombardeando a sus contrapartes en Siria precisamente para evitar su aparición en el Cáucaso ruso? ¿No podía Naryshkin simplemente llamar a su homólogo en Bakú? Por último, el helicóptero militar ruso derribado pocas horas antes de que cesaran las hostilidades por un misil disparado desde el enclave azerbaiyano de Nakhchevan: en cuestión de minutos, Aliyev había pedido perdón a Moscú por el desafortunado error. ¿Lo fue?

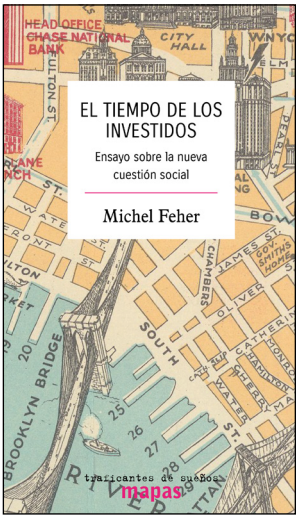
Por encima de todo, no sabemos que argumentos utilizó Putin para convencer a Aliyev de que detuviera la ofensiva, justo cuando la completa destrucción de la Karabaj armenia estaba a su alcance. ¿Por qué consintió Bakú en dejar a las fuerzas rusas como las únicas fuerzas pacificadoras, excluyendo a los turcos (cuyas tropas se hallan estacionadas allí con razones menos defendibles)? ¿Por qué el extremadamente breve acuerdo de alto el fuego, que Putin admitió haber redactado con su propia mano, contiene no obstante una extraña cláusula que promete la restauración por encima de las fronteras de las conexiones ferroviarias de la era soviética? Obviamente, esto ayudaría enormemente a la logística de los militares rusos tanto en Armenia como en Karabaj. ¿Podría haber más implicaciones? ¿Afectarían a Irán –con toda probabilidad sí lo harían– y bastante posiblemente a los diseños de la «Ruta de la seda» china? ¿Constituye todo ello un regreso al imperialismo ferroviario de finales del siglo XIX?

Europa (principalmente Francia) y Estados Unidos estaban visiblemente disgustados por la agresiva apuesta de Erdoğan, pero poco pueden hacer al respecto, por lo menos hasta ahora. Turquía sigue siendo un aliado de la OTAN, cuyo punto de apoyo militar en Azerbaiyán podría ser útil para presionar a Irán, Rusia o incluso a la distante China, con su obsesión por

los corredores comerciales. La geopolítica tiene demasiadas partes móviles como para hacer predicciones sólidas, especialmente en tiempos de desintegración de hegemonías y de multipolaridad. Pero podemos señalar que Turquía ha surgido ahora, cultural y geopolíticamente, como una versión suní más fuerte que Irán, que lanza llamamientos a todos los buenos musulmanes en defensa de la fe. Turquía también se presenta como el benefactor y hermano de todas las naciones túrquicas, que para Erdoğan incluyen a Ucrania; después de todo, hay tártaros en la Crimea que se ha anexionado Rusia. Es irrelevante hasta qué punto se cree Erdoğan su propia retórica megalómana. Él es fundamentalmente un jugador político que actúa en todos los tableros. Pierde en uno, gana en otro (¿fue Karabaj una victoria?) y pasa a tirar sus fichas todavía en otro más. Turquía aparece como una gran potencia, mayor de lo que su economía justifica. Sin embargo, para Erdoğan moverse deprisa y arriesgarse es la única manera de sobrevivir. ¿Durante cuánto tiempo?

La situación resulta ambigua y peligrosamente tensa. Por primera vez desde 1991, las tropas rusas están estacionadas en territorio de Azerbaiyán, esta vez como fuerzas de paz alrededor de la Karabaj de población armenia. Detrás de las líneas rusas, el gobierno separatista permanece, e incluso su «ejército de autodefensa» enarbola la bandera de Artsaj (la antigua denominación armenia del enclave). Ahora, las tropas turcas también están estacionadas en Azerbaiyán, aunque Moscú diplomáticamente les niega el estatus de fuerzas de paz. Bakú tiene cuatro ejércitos dentro de lo que considera su esfera de soberanía: el azerí, el turco, el ruso y el de la Karabaj armenia. Los sirios e israelíes quedaron sin mencionar después del fin de la lucha. Sin embargo, resulta dudoso que los amos de las operaciones encubiertas en Oriente Próximo vayan a renunciar a su cabeza de puente contra Irán. Además, está el enclave azerí de Nakhchevan, separado del propio Azerbaiyán por una franja de territorio armenio donde Rusia ha prometido supervisar otro corredor especial. ¿Se trata de la gran carretera de la hermandad túrquica, atravesando Armenia, bajo supervisión rusa, con Irán en su punto de mira? Evidentemente en el otoño de 2020 asistimos a una pequeña guerra mundial, a la Primera Parte. ¿Es inminente la Segunda?

traficantes de sueños
www.traficantes.net
C/Duque de Alba 13, 28012. Madrid



El tiempo de los investidos

Ensayo sobre la nueva cuestión social

Michel Feher

Colección: map 65
PVP: 18 €

El control de las finanzas ha transformado las expectativas y las prácticas de todos los actores sociales. Las empresas han dado prioridad al valor de sus acciones, antes que a la naturaleza de sus negocios. Los gobiernos consideran más urgente disipar las preocupaciones de sus acreedores, que responder a las demandas de los ciudadanos. Incluso las personas corrientes confían su seguridad material cada vez menos en los salarios y cada vez más en la apreciación de sus activos, incluidas sus habilidades, relaciones y comportamientos.

Según Michel Feher, al cambiar las condiciones de la cuestión social, estas nuevas prioridades obligan a la izquierda a reinventarse. La «titulización» de las relaciones humanas en los mercados financieros es por completo diferente de la mercantilización del trabajo en el mercado laboral. Aun cuando la relevancia de la redistribución de beneficios no se debe desestimar, las luchas se están desplazando hacia las condiciones de asignación del crédito. La explotación que los empleadores continúan infligiendo a sus empleados refleja también el poder de selección que los inversores ejercen sobre los «investidos».

La resistencia a la hegemonía de las instituciones financieras tiene que encontrar los medios para influir en las evaluaciones de la gobernanza empresarial y de las políticas públicas, «especulando» contra los criterios que rigen actualmente las elecciones de los financiadores. Si el objetivo es ahora promover otras formas de circulación de capital, los activistas tendrán que prefigurar los elementos de una imaginación política renovada.